

PRÓLOGO

Jesús Quintero nació cerca del Río Tinto, donde nacieron el fútbol y el movimiento obrero, y llegó a Madrid con el habla de la Atlántida. Tuvo que hacer como Demóstenes, cambiar de acento para hablar en Radio Nacional. Amaba esa esquina de los Tartessos donde nació la libertad. Me dijo hace un par de años que, si los veranos seguían siendo una barbacoa, ardería Doñana. Y ardió. Y añadió: «Puede socarrarse el paraíso cerca de donde vine al mundo porque los políticos son una calamidad ante las calamidades. Las grullas se lo pensarán dos veces antes de volver al parque donde se alza el Palacio de las Marismillas, con dieciocho cuartos de baño, donde veranean los presidentes y donde Franco cazaba». Me contaba mi amigo de toda la vida que huían las abubillas, las alondras, los búhos y las águilas imperiales. Pero huyó él antes de que se cumpliera su presagio.

Quintero fue un grande como ser humano y como comunicador. Estremeció al país con su acento misterioso, y yo tuve la suerte de ser su amigo, su vecino, su hermano y dicen que su *spin*. Pero eso es lo menos importante, porque él era capaz de convertir un padrenuestro en una sinfonía. El texto era solo su coartada. Como escribió Jesús Úbeda, que lo entrevistó meses antes de que muriera para el libro *No le des más whisky a la perrita*, Quintero pertenecía a una era geológica

pretérta en un tiempo en el que los periodistas eran dioses: «En la entrevista me enseñó que las preguntas inesperadas nacen del sillón del psicoanalista; las trascendentes, de Aristóteles y los griegos, y las sorprendentes, de los niños». Destacaba el escritor Emilio Lara sus silencios opresivos, sus preguntas incisivas y geniales, su inteligencia abrumadora.

Yo escribí en su obituario: «Ha muerto el andaluz con más duende que he conocido, aunque las leyendas siguen y son inmortales. Era pícaro, hondo, ingenioso, *progre*, raro como un perro verde, y había que sacarle la pasta por adelantado. Estremeció con su voz de profeta al país entero muchas noches desde el Guadalquivir de las estrellas. Inventó la pausa y el compás. Escuchaba con devoción a sus entrevistados; todo Cristo quería aparecer en su programa. Su voz no se olvidará nunca. Triunfó, fue un mito, ganó todos los premios y ha muerto tieso. El dinero le quemaba en las manos. Se lo gastó todo en coches y en chalecos, en relanzar teatros, en apostar por la pandilla de los grandes gitanos del cante y del baile; fue amante y representante de la gran Soledad Bravo y estuvo en la organización de la gloria de Paco de Lucía y de María Jiménez».

Era un seductor, un burlador sevillano, aunque hubiera nacido en la provincia de Huelva. Un andaluz profundo del pueblo que sabe cantar bailando. Nunca lo pasé tan bien como jugando al bingo con él y con el Beni de Cádiz, cuando nos contaba cómo ladraba en el teatro para asustar a Manolo Caracol, al que odiaba, y cómo lo protegía Lola Flores. Era amigo de los gitanos y de ellos aprendió el ritmo y el compás.

Estuvo de verdad zumbado, aunque decía que «el loco lo pierde todo menos la razón». A veces cuando terminaba la emisión de *El loco de la colina* no sabía dónde estaba su casa.

RAÚL DEL POZO